

## «El oficio de consolar que trae Cristo Nuestro Señor»

Reunión Equipo Amplio  
del CIRE

Bogotá, Abril, 2001

Para la Cuarta Semana de Ejercicios, san Ignacio propone gustar la presencia del Señor Resucitado, pidiendo gracia «para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor» (EE. 221); o como traduce la edición Vulgata de los Ejercicios: «la gracia de participar del inmenso gozo de Cristo y de la Madre»<sup>1</sup>.

Como los discípulos, de quienes Jesús se dejó ver durante cuarenta días antes de su Ascensión y a quienes ordenó esperar «el poder que viene del cielo» - el Espíritu Consolador que les había prometido en la noche de la Cena<sup>2</sup>, con cuya fuerza deberían salir a dar testimonio de El en Jerusalén, en toda la región de Judea y de Samaria, y hasta en las partes más lejanas de la tierra (ver Lc 24, 46-49; Hechos 1, 1-11) -; también el ejercitante, con María, la madre de Jesús (Hechos 1, 14), es invitado a contemplar y a esperar orante la consolación del Espíritu Santo que lo capacitará para servir en adelante a la misión de Cristo.

El texto de Ejercicios propone cinco puntos para contemplar todos los misterios de la resurrección, hasta la ascensión inclusive (EE. 222-224; 226). Pero añade que «la persona que contempla puede poner más o menos puntos, según

---

<sup>1</sup> «Tertium [praeludium] continebit gratiam petendam, ut scilicet immensum Christi ac Matris gaudium participemus» Ver el texto de Cándido Dalmases, S.J., editorial Sal Terrae, 1987, p.131, comentario al n.221 (hay que corregir la cita latina a la que le falta la palabra 'ac' antes de 'Matris').

<sup>2</sup> El otro Consolador o Paráclito es prometido por Jesús a sus discípulos durante la última Cena: 1) como **compañero**, que permanecerá siempre con ellos y en ellos, y a quien ellos podrán reconocer (Jn 14, 15-18); 2) como **Maestro**, que les enseñará todas las cosas; y **memoria viviente**, que les recordará todo lo que Jesús les ha dicho (Jn 14, 26); 3) como **fuerza de testimonio**, que les permitirá reconocer a Jesús en situaciones difíciles y también dar testimonio de él (Jn 15, 26-27: «El dará testimonio de mí; y ustedes también serán mis testigos»); 4) como **intérprete**, que los guiará a toda verdad y les irá explicando lo que vaya sucediendo, para autenticar la fidelidad en el seguimiento (Jn 16, 13-14).

que mejor se hallare» (EE. 228). Ahora bien, de estos cinco puntos los tres primeros son los acostumbrados: *ver las personas, oír lo que hablan, mirar lo que hacen; y sacar algún provecho* (EE. 194, 222).

La novedad para esta cuarta Semana está en los puntos cuarto y quinto: «El cuarto, considerar cómo la divinidad, que parecía esconderse en la pasión, *parece y se muestra ahora tan miraculosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della*» (EE. 223); «El quinto, *mirar el oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros*» (EE. 224).

Sabemos que la contemplación de la vida terrena de Jesús termina en los Ejercicios con la Ascensión (EE. 312), misterio al que Ignacio parece haber tenido tanta devoción<sup>3</sup>. Esto ha dado lugar para que algunos se pregunten por qué el santo no propuso un ejercicio particular sobre Pentecostés. La verdad, a mi modo de ver, es que así como Juan - a diferencia de Lucas -, coloca un doble Pentecostés ligado inmediatamente con el misterio de la muerte-resurrección: el primero en el momento mismo de expirar, cuando «entregó el espíritu» (Jn 19, 30); el otro al aparecerse a los discípulos reunidos a puerta cerrada y decirles: «reciban el Espíritu Santo» (Jn 20, 22); también Ignacio contempla el don del Espíritu en la mañana misma de la resurrección, cuando propone mirar el oficio de consolar que trae el Señor resucitado.

Para Ignacio, Jesús resucitado cumple con sus discípulos una misión idéntica a la del Espíritu Santo, el Paráclito: *consolar*. Consolar, según la costumbre usual entre amigos, de reconfortarse mutuamente: «comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros» (EE. 224).

En realidad, el cuarto y el quinto punto contienen en el fondo una misma consideración: Es dándonos su Espíritu como Jesucristo es nuestro Consolador (ver Jn 14, 16). Las consolaciones producidas en el alma (ver EE. 6, 176, 316, 322), son el fruto de la presencia y acción del Espíritu de

---

<sup>3</sup> Ver Autobiografía, 47: «le vino grande deseo de tornar a visitar el monte Olivete antes que se partiese...en el monte Olivete está una piedra, de la cual subió nuestro Señor a los cielos, y se ven aún agora las pisadas impresas; y esto era lo que él quería tornar a ver».

Cristo resucitado<sup>4</sup>. Y los verdaderos y santísimos efectos de la resurrección son precisamente esa acción consoladora del Espíritu del Señor, el fruto o cosecha de su presencia en los discípulos: amor, alegría, paz, paciencia, cordialidad, generosidad, fidelidad, sencillez, dominio propio<sup>5</sup>. Los efectos de la resurrección son, para Jacques Lewis, «la vida nueva que Jesús suscita a su alrededor...las transformaciones interiores...las diversas misiones que reciben los que han 'visto' al Señor... en una palabra: el acontecimiento pascual que cambia los corazones y las vidas»<sup>6</sup>. Todo es don del Espíritu, explícita san Ignacio<sup>7</sup>.

El Espíritu Santo Consolador es *la irradiación de la presencia de Jesús Resucitado en medio de nosotros*, todos los días, hasta que el mundo termine. Jesús había prometido a sus discípulos: «no los voy a dejar huérfanos; volveré para estar con ustedes» (Jn 14, 18); «yo le pediré al Padre que les mande otro Consolador, el Espíritu de la verdad, para que esté siempre con ustedes» (Jn 14, 16-17). Y ahora, resucitado, sale a buscar a sus discípulos para liberarlos de las situaciones en que se encuentran sumidos: la tristeza, la pérdida de la fe, la desesperanza, el miedo, el dolor de la traición...y los reanima y fortalece para emprender la misión de anunciar al mundo la reconciliación de la humanidad y de la creación entera, conseguida con su resurrección.

Pero el «oficio de consolar que trae Cristo nuestro Señor» no se agota en los relatos de las apariciones: a lo largo de toda la historia Jesucristo continúa realizando una acción personal, universal y permanente con la que acompaña a su Iglesia, animándola y santificándola; sigue ofreciendo a cada hombre y a cada mujer una fuerza con la que siempre podemos contar: la consolación de su Espíritu. Esta actividad consoladora del Señor Resucitado es la que Ignacio propone contemplar. Pedimos la gracia de participar del inmenso gozo de Jesucristo y de la Madre, pero no para quedarnos extasiados e inertes «mirando al cielo» (ver Hch 1, 11); la alegría interior con la que somos consolados nos impulsa a prolongar nosotros mismos la acción consoladora de Jesús: «El nos consuela ... para que nosotros podamos consolar también a los que sufren, con la misma consolación con la que hemos

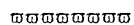
<sup>4</sup> Ver *Saint Ignace de Loyola. Exercices Spirituels*, traduits et annotés par François. Courel, S.J. Christus, Textes, 5. Paris, 1960, p.122, nota 1.

<sup>5</sup> Ver Gal 5, 22.

<sup>6</sup> Jacques Lewis, S.J., *Conocimiento de los Ejercicios espirituales de San Ignacio*. Sal Terrae, 1987, 239.

<sup>7</sup> Ver Directorio autógrafo, nn.11 y 18.

sido consolados...»<sup>8</sup>. El fruto de los Ejercicios ha de ser una espiritualidad de servicio. La contemplación para alcanzar amor, recogiendo ese fruto, nos permitirá reconocer con todo afecto tanto amor y consolación recibidos para hacernos capaces de «en todo amar y servir a su divina Majestad», ofreciéndole y dándole todas nuestras cosas y a nosotros mismos con ellas, «así como quien ofrece afectándose mucho: Tomad, Señor y recibid...»<sup>9</sup>



«La cuarta Semana es una profundización última de la actividad contemplativa...el ejercitante se sentirá capacitado para el diálogo amoroso, la oblación y el encuentro con Dios en todas las cosas preconizado por la Contemplación *Ad Amorem*»<sup>10</sup>. Podría, pues, sugerirse al ejercitante que como fruto de la Cuarta Semana y en preparación para retornar a la vida cotidiana manteniéndose en la presencia actuante del Señor resucitado, considere durante estos días dos temas que le permitirán prolongar vivo el espíritu de los Ejercicios:

#### **1. La consolación del Señor Resucitado, por su Espíritu, corazón de la espiritualidad ignaciana**

La experiencia del Amor consolador del Resucitado, en participación del inmenso gozo de Cristo y de la Madre (EE. 221); la vivencia del Señor Jesús, que «parece y se muestra ahora tan miraculosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della»(EE. 223), son el punto de partida para la espiritualidad que san Ignacio mismo experimentó, vivió y quiso compartir a través de los Ejercicios : **buscar y hallar a Dios en todas las cosas y permanecer unidos con El en la acción.**

Al terminar los Ejercicios no pasamos a una «quinta semana», como se suele decir; con la contemplación para alcanzar amor se nos ofrece el medio de mantenernos permanentemente en cuarta semana, en la gozosa presencia del Resucitado que nos consuela por su Espíritu. Buscar siempre esa presencia consoladora - la unción o consolación del

<sup>8</sup> Ver 2 Cor 1, 3-7.

<sup>9</sup> EE. 233-234.

<sup>10</sup> ver J. Lewis, *Conocimiento*....241.

Espíritu -, para dejarnos conducir por ella, es el nervio de la espiritualidad enseñada en los Ejercicios.

«Sean exhortados a menudo a buscar en todas cosas a Dios nuestro Señor, apartando, cuanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas por ponerle en el Criador de ellas, a El en todas amando y a todas en El, conforme a la su santísima y divina voluntad», escribió el santo en uno de los textos más bellos de las Constituciones (288). Y el P. Polanco recomendaba en nombre de Ignacio al P. Urbano Fernandes, rector del escolasticado de Coimbra: «cuanto a la oración y meditación, no habiendo necesidad especial por tentaciones, como dije, molestas o peligrosas, veo que más aprueba [Ignacio] procurar en todas cosas que [el] hombre hace hallar a Dios, que dar mucho tiempo junto a ella. Y este espíritu desea ver en los de la Compañía: que no hallen (si es posible) menos devoción en cualquier obra de caridad y obediencia que en la oración y meditación»<sup>11</sup>.

La consolación, acción propia del Espíritu, es la *paraklhsiV*, palabra que expresa reanimación, reconstrucción, impulso, estímulo, fuerza, exhortación, consuelo. Así la entendía Ignacio: es propio del buen espíritu «dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante»<sup>12</sup>. En el relato íntimo de su conversión que leemos en la Carta a los Filipenses, Pablo manifiesta que después de haber conocido personalmente a Cristo Jesús, su Señor, lo único que quiere es: «sentir en mí el poder de su resurrección y la solidaridad en sus sufrimientos» (Flp 3, 10). Ese «poder de su resurrección» [«los santísimos efectos della», en Ignacio] no es otra cosa que la fuerza consoladora del Amor, que lo transformaba interiormente configurándolo con Jesús hasta experimentar: «ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20).

Esta fuerza del Amor resucitado es, pues, **la unción del Espíritu o consolación**, que, en lenguaje ignaciano, «mueve», «pone» en la voluntad, «dicta», se hace «sentir». Es el objetivo del discernimiento, que busca «sentir y conocer» las diversas mociones que se causan en el alma para detectar entre ellas la consolación del Espíritu. En admirable sintonía con el texto de la Carta a los Gálatas citado más

<sup>11</sup> Epp. 3, 499-503. En BAC, *Obras de San Ignacio de Loyola*, 5ª y 6ª edición, p.892.

<sup>12</sup> EE. 315; ver también EE. 316; Directorio autógrafo, nn. 11 y 18.

arriba, Ignacio busca la confirmación del Espíritu en el amor, la paz y la alegría, «**que todos son dones del Espíritu Santo**»<sup>13</sup>; comunicados al ejercitante y derramados en su corazón, lo dispondrán, como a los discípulos, a no vivir ya más para sí mismo, sino para aquel que murió y resucitó por él, comprometiéndose en el mejor servicio al Reino y su justicia para la vida del mundo.

En una palabra:

- **buscar y hallar a Dios en todas las cosas** es rastrear y discernir esa presencia del Señor resucitado que trae el oficio de consolar, para experimentar los santísimos efectos de su resurrección [«el poder de su resurrección», en Pablo] y actuar al impulso de esa consolación. Algo así como lo que experimentaron los discípulos por el camino de Emaús.

- **Estar unidos a Dios en la acción** es caminar fielmente detrás de las huellas de Jesús bajo la conducción del Espíritu, para llevar adelante el proyecto del Padre. Es aquella permanente unión con Jesús, que El les pide reiteradamente a sus discípulos para que puedan producir fruto (Jn 15, 4ss.).

En esta espiritualidad Ignacio nos ha legado la más espléndida participación de su experiencia trinitaria.

Es interesante recordar aquí cómo en la Anotación 15 de los Ejercicios se advierte al que los da que no mueva al que los recibe a una cosa o a otra; sino que deje «inmediate obrar al Criador con su criatura y a la criatura con su Criador y Señor», porque «más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota *abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola* por la vía que mejor podrá servirle en adelante». ¿No es este abrazo del Amor, que *mueve y dispone* al mejor servicio, la consolación que trae el Señor resucitado por medio de su Espíritu?

## **2. El examen ignaciano, instrumento para discernir la consolación del Espíritu**

Los estudios modernos sobre el examen de conciencia ignaciano se orientan a recuperar toda su eficacia para el crecimiento espiritual, liberándolo de una reducción

---

<sup>13</sup> Directorio autógrafo, n.11.

moralista en la que había podido caer, como un mero examen de las faltas y pecados. En el examen, practicado a la manera de contemplación para alcanzar amor, como un discernimiento espiritual, se busca ante todo *percibir y discernir* el acontecer de Dios en la jornada o asunto que se examina, «ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene, y conseqüenter el mismo Señor desea dársemé en cuanto puede»; se pide alcanzar «conocimiento interno de tanto bien [amor] recibido», para que «enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad»<sup>14</sup>.

Para San Ignacio, el «mucho examinar», que tanto recomendaba y que él mismo practicaba continuamente durante el día, era la manera de buscar y hallar a Dios en todas las cosas para poner enteramente su libertad en sintonía con el actuar del Señor. De ahí que para él, el examen fuera aun más importante que mucho tiempo de oración. En una carta al P. Antonio Brandao, sacerdote escolar portugués, que le había propuesto una lista de preguntas, entre las cuales estaba una sobre cómo hacer meditación, Ignacio le responde que teniendo en cuenta el fin de los estudios que no permite a los escolares tener largas oraciones, «se pueden ejercitar en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas, como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y en todo lo que hiciéremos, pues es verdad que está su divina Majestad por presencia, potencia y esencia en todas las cosas. Y esta manera de meditar, hallando a nuestro Señor Dios en todas las cosas, es más fácil que no levantarnos a las cosas divinas más abstractas, haciéndonos con trabajo a ellas presentes; y causará este buen ejercicio disponiéndonos, grandes visitaciones del Señor, aunque sean en una breve oración»; y añade al final que de esto «nos podríamos examinar»<sup>15</sup>.

Un examen practicado en esta forma podría incluir, siguiendo el método de san Ignacio, varios pasos:

1. Pedir gracia para reconocer la presencia actuante del Amor de Dios en la jornada que vamos a examinar («desde la hora que se levantó hasta el examen presente, de hora en hora o de tiempo en tiempo», indica San Ignacio. EE. 43);

---

<sup>14</sup> EE. 233.

<sup>15</sup> Epp. 3, 506-513. En BAC, *Obras de San Ignacio de Loyola*, 5ª y 6ª ediciones, p.886.

2. Examinarnos para *percibir* las varias mociones que hemos experimentado y para *reconocer* [*discernir*] la unción o consolación del Espíritu: cómo y hacia dónde nos ha *movido*, qué nos ha *mostrado* o dado a *sentir*, qué nos ha *dictado*, qué *ha puesto* en nuestra voluntad (palabras todas utilizadas por Ignacio);
3. Examinar qué tan atentos hemos estado a este acontecer de Dios en nosotros; si lo hemos reconocido y cómo le hemos respondido;
4. «Enteramente reconociendo» dar gracias a Dios nuestro Señor por tanto amor recibido; dar gracias también por aquellos momentos en los que hemos estado unidos a El en la acción; y pedir perdón por las veces que no hemos reconocido su presencia ni seguido «a lo que nos fue mostrado» (ver EE. 175) y hemos estorbado así la acción vivificante del Espíritu Consolador;
5. «Y con esto reflectir en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar», proponiendo y proyectando para adelante con su gracia (ver EE. 43,7 y 234).

Finalmente, una forma muy práctica de examinar algo de lo que ha pasado es preguntarnos sencillamente: *¿qué amor me movió?*; o en el discernimiento para un asunto que vamos a decidir o emprender: *¿qué amor me mueve?* En el segundo modo para hacer sana y buena elección, San Ignacio pone como primera regla: «que aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa descienda de arriba, del amor de Dios; de forma que el que elige sienta primero en sí que aquel amor más o menos que tiene a la cosa que elige, es solo por su Criador y Señor» (EE.184). ¿Nos ha movido o nos mueve la unción del Espíritu? ¿O quizás el amor propio, una tentación bajo especie de bien, una caridad indiscreta?

